

The background of the entire cover is a deep blue underwater scene. Sunlight rays (Tyndall effect) are visible, filtering down from the surface. At the top center, there is a bright, rectangular light source, possibly a boat's searchlight or a window, creating a strong glow and illuminating the water around it. The water has a textured, wavy appearance.

DIOS COMO ÉL ES

La Majestad De Dios Y El Peligro De Una Fe Superficial

JULIÁN RIOS

Volver a Ver a Dios Como Él Es

La Majestad De Dios Y El Peligro De Una Fe Superficial

Mateo 6:10 RV60 “Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

Me gustaría comenzar estas líneas con algunas preguntas que vienen dando vueltas dentro de mí desde hace tiempo. A menudo oímos que ciertas personas se reúnen para preguntarse los unos a los otros “que aprendiste esta semana”; “que entendiste del mensaje del domingo”; “que te fue revelado en esta conferencia”; etc., sin embargo, muchos son los que están, supuestamente, aprendiendo diversas cosas tocante al evangelio, pero sus vidas jamás logran reflejar al Dios que ellos dicen conocer y del cual aprenden. No digo que las anteriores preguntas son malas en si misma, mucho menos que aprender o entender está mal. Solo quiero poner en orden las cosas, para que no creamos que estamos aprendiendo, cuando en realidad NO ESTAMOS APRENDIENDO. Quiero proponerte estas preguntas, para que cada día nos la hagamos los unos a los otros:

¿Qué batallas estamos procurando vencer? ¿Qué hemos vencido esta semana? ¿Qué estamos deseando alcanzar? Y qué estamos deseando perder y dejar atrás?

La respuesta a estas preguntas dice mucho de cuánto conocemos a Dios y cuánto hemos aprendido de Él.

Los aprendizajes del espíritu nada tienen que ver con el intelecto ni con la razón humana. De hecho, quien intenta hacerlo por esta vía fracasa, y su experiencia con Dios es solo cognitiva, mas nunca una experiencia interna de transformación y pasión.

Fui cautivado por algunas palabras que pronunció Mahatma Gandhi en una inolvidable conversación con el misionero metodista E. Stanley Jones —*registrada en el libro de este último, The Christ of the Indian Road, publicado en 1925* - El Cristo de los caminos de la India—: **“Les sugeriría que todos ustedes, los cristianos, particularmente los misioneros, comiencen a vivir más como Jesucristo.”** Pocos

años después, en una entrevista publicada el 8 de diciembre de 1927 en el periódico The Guardian, Gandhi profundizó esta dura observación cuando se le preguntó sobre el impacto del cristianismo en la sociedad. Su respuesta fue contundente e ineludible: **“Gran parte de lo que pasa con el cristianismo hoy en día es una negación a la Ley del Amor... Veo muy poco de las enseñanzas de Cristo en los cristianos... quizás pueda llegar a ser cristiano el día que los cristianos me enseñen a vivir como Cristo.”**

Todos deberíamos examinarnos a nosotros mismos, y con honestidad, ver si en nosotros solo está el conocimiento cognitivo de Cristo, o realmente hemos llegado al conocimiento real de Su Majestad por la vida que cada día experimentamos en nuestros corazones. Si es así, nuestra vida enseñaría a otros a vivir como Cristo vivió. Recuerden las palabras de Jesús:

Mateo 5:16 RV60 “Así alumbre vuestra luz delante de los hombres, para que vean vuestras buenas obras, y glorifiquen a vuestro Padre que está en los cielos.”

Cuando la luz es real, esta termina siendo notoria a través de las buenas obras, y esas buenas obras hacen que los demás glorifiquen a Dios.

Existe también un “fanatismo revelacional”: una manera de vivir la fe alimentada constantemente por conferencias, predicaciones, estudios bíblicos, “novedades doctrinales” y supuestas “nuevas revelaciones”, donde el gozo del creyente parece depender más de lo que acaba de descubrir que de la vida de Cristo en él. Se llega incluso a atribuirse nuevas revelaciones, como si todavía hubiera algo esencial que Dios no hubiera dado a conocer. Pero la revelación ya fue dada en Cristo y su Palabra; no necesitamos una nueva verdad que agregar, sino **luz del Espíritu para ver, entender y vivir lo que ya nos fue revelado**. Porque conocer no es simplemente recibir información espiritual: es que aquello que hemos conocido llegue a gobernar nuestra vida. Y eso es sabiduría: no saber más acerca de Dios, sino **vivir aquello que hemos llegado a conocer de Él**. Cuando la revelación no produce transformación, cuando el conocimiento no se convierte en vida, podemos estar acumulando luz en nuestra mente mientras permanecemos en oscuridad en nuestra manera de vivir.

Por todo lo hablado hasta aquí, necesitamos definir con urgencia cuáles serán nuestros éxitos y cuáles serán nuestras pérdidas. **Tanto el éxito como las pérdidas determinarán la manera en la que vamos a vivir** y para qué nos vamos a desgastar en esta vida.

Nuestro cuerpo naturalmente va a desgastarse, y ello puede ocurrir por someterlo forzosamente para alcanzar éxitos del ego, o el éxito de Dios, el cual está absolutamente ligado a la misión de Dios y de la Iglesia.

Aiden Wilson Tozer lo expresó de esta manera: *“Lo alarmante es que nuestros éxitos son externos en su mayoría y nuestras pérdidas totalmente internas; y puesto que es la calidad de nuestra religión la afectada por las condiciones internas, bien podría ser que nuestros supuestos éxitos no sean más que pérdidas...”*

¿Qué hemos alcanzado y qué hemos perdido? Cada semana deberíamos plantearnos estas preguntas, para que en plena honestidad con nosotros mismos las podamos responder. Oro al Señor para que Su Palabra nos alumbre y no nos deje tranquilos en estos días.

Quiero que en las siguientes líneas, nos propongamos descubrir juntos cuáles pueden ser aquellos puntos que necesitamos madurar, para poder asegurarnos: alcanzar el verdadero éxito de Dios, conquistar y vivir las verdaderas pérdidas y así pelear las batallas correctas.

1. Guardar Su Palabra

En el texto inicial que hemos leído, vemos cómo Jesús se dirige a sus discípulos, quienes, después de haber visto muchas veces que Jesús mismo se apartaba a solas para orar, tienen la sensación de que el tipo de oración que habían aprendido, o la oración a la que estaban acostumbrados a oír y realizar, no era la misma oración que Jesús realizaba.

No quiero hablar ni enfocarme en la oración modelo que Jesús deja a sus discípulos, sino solo rescatar una de las peticiones más nobles y exactas que podemos tener en nuestras oraciones:

“Venga tu reino. Hágase tu voluntad, como en el cielo, así también en la tierra.”

Por lo general, el hombre ama su propio reino —gobierno—. Somos nosotros mismos los que estamos profundamente enamorados de nuestra voluntad, sueños, anhelos, deseos y propósitos.

Por lo tanto, orar así termina siendo una implosión interna que pulveriza todo lo que somos y lo que anhelamos ser —si es que la oración se hace con un vivo sentido de verdad y pureza—.

Te invito a hacerte algunas preguntas:

- **¿En verdad deseamos que se haga la voluntad de Dios en nuestros días?**
- **¿Anhelamos ver el cielo en la tierra, al punto de no amar lo que la tierra pueda ofrecernos?**
- **¿Sentimos las punzadas del cielo en nuestros corazones al momento en que la tierra nos ofrece sus despampanantes atracciones y placeres?**

Si deseamos el cielo y la voluntad de Dios en nuestros días, la Palabra de Dios debe ser abrazada, honrada y atesorada en nuestros corazones, porque según Isaías, ella siempre produce aquello para lo cual es enviada.

Isaías 55:10-11 RV60 “Porque como desciende de los cielos la lluvia y la nieve, y no vuelve allá, sino que riega la tierra, y la hace germinar y producir, y da semilla al que siembra, y pan al que come, 11 así será mi palabra que sale de mi boca; **no volverá a mí vacía**, sino que **hará lo que yo quiero**, y será prosperada en aquello para que la envié.”

La Palabra de Dios es la que, de alguna manera, trae el cielo a la tierra. No hay cielo ni voluntad divina sin Palabra. Sin embargo estas palabras no son las palabras que normalmente solemos oír de parte de muchos que dicen “así dice el Señor”.

Cuando oímos lo que el Espíritu dice a la Iglesia, vencer no es una utopía sino una realidad constante en nosotros, Su Iglesia. Así es vivir en el Espíritu. Es vivir oyendo bien y mirando bien, para vencer bien —peleando las batallas correctas—.

Esto significa que la vida del Espíritu siempre confrontará a la tierra; procurará dejar evidencias claras de las diferencias que solemos vivir. Muchas veces vivimos en la tierra aquello que no es compatible con lo que el Espíritu y la Palabra proponen para esta estación.

Creo que necesitamos estar más celosos y ardientes por la Palabra de Dios, a fin de que ella germine en nosotros y produzca el fruto para el cual Dios la envió. Sin embargo, es difícil que germine aquella Palabra que aún no permanece oculta y guardada en lo profundo del corazón.

Es entonces que, de esta manera, se da a luz el pecado en el interior del hombre. **Sin Palabra, solo hay pecado.**

Observemos lo que pudo ver y registrar David:

Salmo 119:11 NTV “He guardado tu palabra en mi corazón, para no pecar contra ti.”

El pecado del hombre inicia en la determinación de aquello que decida guardar y atesorar en su corazón. Lo que guardamos será determinante en el estado de nuestro corazón; y es desde el corazón que fluye la verdadera vida.

A menudo solemos horrorizarnos por aquellos pecados que otras personas cometen a través de diversos actos indecentes, pero todos y cada uno de aquellos actos un día comenzaron en el corazón.

Así nace la hipocresía más grande, la cual está sostenida por los actos que se cometen o no en la carne, sin poner en la balanza aquellos actos que ya hemos cometido en el corazón.

Es así que Jesús tuvo que redefinir —en Mateo 5— el homicidio, el cual comienza en la ira y en la acción de aborrecer a mi hermano —lo aclara Juan—; el adulterio, el cual inicia con la mirada y la codicia en el corazón; la mentira, la cual inicia cuando tengo el deseo y la intención de engañar a alguien, etc.

Sin embargo, no solo los actos malos proceden de un corazón malo; incluso los actos buenos pueden nacer de motivaciones pecaminosas —Mateo 6—: dar o hacer actos benéficos para ser vistos, orar y ayunar para demostrar una falsa espiritualidad, etc.

Necesitamos ser selectivos y celosos de aquellas cosas que guardaremos en el corazón, porque si la Palabra no perfora y se asienta en él, el pecado lo hará.

2. Salir De La Superficialidad

Este punto nace del punto anterior. Porque la superficialidad está determinada con aquello que guardamos.

Richard Foster lo dijo de esta manera: *“La maldición de esta generación es la superficialidad. La doctrina de la satisfacción inmediata es el principal problema espiritual...”*

Cuando nos perdemos en la superficialidad, se deja de pensar profundamente. Y cuando se deja de pensar profundamente, se extravía la naturaleza y poder de la meditación.

El justo no se deja conducir por el pensamiento de los malos, ni adopta el camino de quienes viven en pecado, ni termina sentándose entre aquellos que se burlan de Dios y de sus hijos. Por el contrario, encuentra su verdadero deleite en la Palabra del Señor y ocupa su mente en ella continuamente, reflexionando en ella de día y de

noche. Por eso su vida permanece firme y fructífera, como un árbol plantado junto a corrientes de agua: da fruto a su debido tiempo, no pierde su vigor y todo cuanto emprende bajo la voluntad de Dios prospera. [Paráfrasis de Salmo 1:1-3]

Sin embargo, hoy muchos han reemplazado la profundidad de la meditación y del pensamiento profundo por abundancia de información y contenido bíblico, que lo único que hace es volver a esta generación una generación atiborrada de información pero vacía de Cristo.

¿Cómo saber si vivo en la superficialidad del evangelio?

Debemos observar el carácter y no los dones, ni tampoco los talentos ni las actividades que realizamos.

Necesitamos preguntarnos:

- **¿El fruto del Espíritu crece?**
- **¿Estoy venciendo aquello que fui llamado a vencer?**
- **¿El éxito que estoy persiguiendo es el éxito de Dios o es el éxito personal?**

Cuando dejamos de pensar profundamente y la superficialidad nos absorbe, comenzamos a tener un concepto de Dios distorsionado.

3. Alcanzar un elevado concepto de Dios

Creo que una de las razones de la decadencia espiritual en nuestro siglo —y considero que esta decadencia la venimos arrastrando de otros siglos anteriores— es nuestro pobre concepto de quién es Dios.

La Iglesia ha abandonado su elevado concepto de Dios y, con ello, la pérdida del concepto de Su majestad. Cuando quedamos inconscientes de quién es Dios en nuestro cotidiano vivir, comenzamos a debilitarnos de tal manera que la tierra gana en nuestros corazones.

Creo que una “nueva filosofía” de vida cristiana se ha filtrado en nuestra generación, que hace que entendamos a Dios de una manera más humana, sin colocarlo a Él en el concepto de la real majestad, es decir: como un Rey que no tiene atractivos terrenales ni humanos, pero que si es recibido como semilla o como una pizca de levadura, es capaz de cambiarlo todo en nuestro interior.

Estos días pensaba en las palabras del profeta Isaías, en su capítulo 53, donde se ocupa de detallar la apariencia del Salvador:

Isaías 53:2 NVI “Creció en su presencia como vástago tierno, como raíz de tierra seca. No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable.”

El evangelio moderno procura presentar a Cristo de una manera contraria a la que Él mismo eligió mostrarse en su primera aparición. Cuando Dios, en su amor infinito, decidió enviar a su Hijo unigénito, no lo envió con atractivo humano ni con la majestad que el mundo estaba acostumbrado a ver a un rey; sin embargo, Él era el Rey de reyes y Señor de señores.

¿Por qué buscamos la imagen de un Cristo que no es?

Nosotros, con nuestros esfuerzos, queremos a toda costa presentarlo como lo más atractivo que podemos, para que muchos se convenzan de rendir sus vidas ante su majestad.

Y creo que las intenciones nacen de corazones puros y honestos. Lejos de mí juzgar las intenciones de cada corazón. Sin embargo, se está procurando anunciar un Evangelio contrario al Evangelio que Cristo Jesús trajo.

La majestad que veremos en Él no es una majestad física, humana ni terrenal. Necesitamos tener una real experiencia con la Majestad Divina. Necesitamos ser renovados en nuestra manera de pensar. **Necesitamos arrepentimiento. Necesitamos una resignificación de la palabra Majestad.**

Con nuestra pérdida del sentido de majestad, ha llegado una pérdida del temor reverente y del temblor que todos deberíamos tener delante de Dios. Con ello se ha perdido la adoración —la entrega constante de aquello que Dios desea recibir—, siendo esta misma sustituida con canciones bonitas y escenarios o puestas en escena que el mundo ama.

Babilonia está presente en muchos auditorios cristianos, mostrándose amigable y dándole al hombre lo que este busca: show, espectáculo y luces, con el fin de nunca comprometerse con la misión y así vivir como espectadores que gustan de buenas presentaciones —tal como en el mund—.

Este evangelio moderno, el cual difiere mucho del Evangelio de Dios, está produciendo “cristianos” que todavía no han podido experimentar la real vida del Espíritu, la cual es la vida que hemos recibido en este nuevo pacto.

Se conoce mucho la doctrina del **nuevo pacto** —como si ella fuera una mera doctrina— y se nos olvida que el nuevo pacto es una Vida: **Vida del Espíritu**.

Ya nadie quiere estar quieto y conocer a Dios. Por el contrario, se busca no estar quieto y dedicar nuestra vida entera a conocer superficialmente —por medio de la letra— a Dios.

Amados hermanos, solo conoceremos a Dios en la medida en que podamos experimentarlo y vivirlo en nuestros corazones. Cuando todo lo que hemos podido leer y/o saber de Él se convierte en vida en nuestro interior, es entonces que hemos comenzado a conocerle. Ese es el verdadero conocimiento.

Nuestra oración constante es: **“Hágase tu voluntad... como en el cielo, así también en la tierra...”**

Derramemos y abandonemos nuestras vidas en la oración. Arrojémonos allí para contemplarlo, para aprender de Él, para elevar nuestro concepto de quién es Él... y atesoremos Sus palabras para no pecar contra Él.

Lo demás Él lo dará como añadidura.

Dediquemos nuestras vidas al reino de Dios y consagremos nuestros corazones. Que lo único que sepamos guardar en estos últimos días sea Su Palabra.